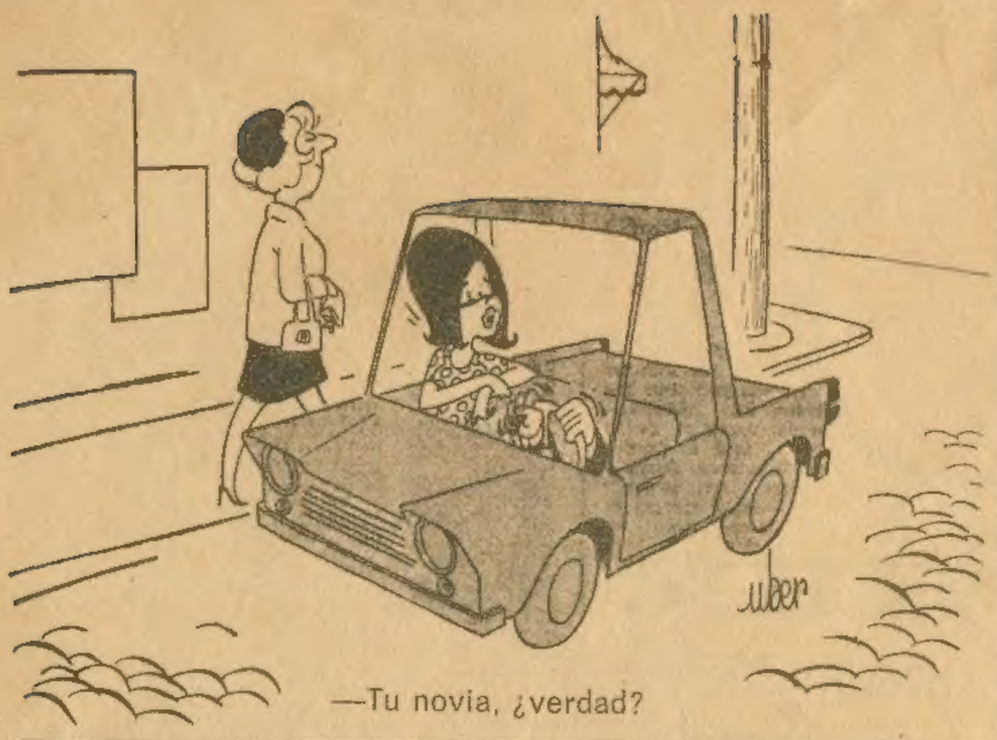
DDT

REVISTA DE HUMOR

Año XV. - 2.ª época. - BARCELONA 17 - enero - 1966. N.º 759

—El vaho te servirá para curarte el resfriado.

5 PTS



—Tu novia, ¿verdad?

LULU

Lulú entró en la tienda de electrodomésticos luciendo su tipito monono y se encaró con el dependiente.

—¡Tienen ustedes fundas de discos?

—¿Fundas? —preguntó, perplejo, el dependiente.

—Sí, exactamente fundas. Eso de plástico con que se envuelve un disco antes y después de haberlo escuchado.

—Ya, ya. Ya sé lo que es una funda de disco, señorita; pero aquí vendemos neveras, televisores, tocadiscos, discos de éxito, cuentos infantiles, pero, fundas de discos solas... no sé. Tendré que ir a preguntar al gerente...

—Si cada cosa que le pide un comprador tiene que ir a molestar al gerente...

—Es que nadie ha entrado a comprarnos fundas de discos solas. Las compran con un disco dentro.

—Será porque no tienen discos. Pero yo ya tengo discos y sólo quiero fundas.

—Claro, claro... Pero las casas de discos no nos envían fundas...

—Es que si las casas de discos fabricaran fundas, no serían casas de discos, serían fabricantes de fundas.

—¡En esto tiene usted razón!

—Pues deme ocho fundas de discos —siguió tozuda la monona.

—Pero, ¡no puedo desnudar mis discos para vestir a los suyos, señorita! Habría déficit de fundas y el otro cliente que compra discos me pediría las fundas.

—Si otro cliente le pide fundas, significa que ustedes venden fundas. ¿O no?

—Vendemos fundas, pero rellenas....

—Yo ya tengo el relleno. Vamos, no me haga perder el tiempo y véndame ocho fundas, que tengo prisa.

—¡Fundas! ¡Yo no puedo vender fundas solas...! —balbució el dependiente.

—Usted me acaba de decir que sus clientes les piden fundas, si venden los discos sin fundas. Usted lo ha dicho.

—Yo he dicho...

—Lo que pasa es que usted no quiere atender a los clientes. Me iré a otra tienda. Eso es.

Entonces, el gerente se acercó al dependiente.

—¿Qué pasa?

—¡Quería fundas de discos, pero sin discos!

—¿Y ha perdido usted una venta? Señorita... Le daremos las fundas que quiera.

El gerente sacó unos discos.

—Las fundas están llenas —dijo Lulú.

—Las vaciamos en seguida.

—De modo que para venderme a mí fundas, se las roba a otro cliente, al que venderá discos desfundados. ¡Está bien esto! Encima de atender mal, estafan al cliente. No me interesan sus fundas.

Gerente y dependiente se miraron entre sí, loquísimos, mientras Lulú, con su andar ligero, salía de la tienda muy enfadada.

Armando MATIAS GUIU

—Todo el mundo me dice que está muy fuerte para su edad...

—Yo también creía que había salido para la oficina hace mucho rato.

—Ya sé que avanzamos lentamente, pero juraría que hace tres o cuatro kilómetros que nos quedamos sin gasolina...

—¡Le ha sido usted simpático!

—Y ya lo sabes: a casa directamente, nada de dar el paseito de cada día.

DDT
REVISTA DE HUMOR

NUM. 759 • AÑO XVI 17 de enero de 1966

Director: **MIGUEL MARTIN MONFORTE**

Publicada por: EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
por concesión para España de CREACIONES EDITORIALES
prohibida la reproducción

Impresa en los talleres gráficos de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2 - BARCELONA - 1966

CREACIONES EDITORIALES 1966 - Depósito legal B 125 - 1958

HOY denunciamos...

...a la reventa

Decide usted ir con su novia al cine, a pasarlo bien viendo a doña Ursula Andress que, entre nosotros, está que parece mentira, y a Juan Paul Belmondo, que es feo con ganas, pero gusta una barbaridad, y cargado de inocencia y de dinero, porque hoy ir al cine cuesta más caro que tomar un vermut con tapas, se acerca a la taquilla.

¡Qué risa me da usted!

Las entradas buenas, ésas desde las que se ve a doña Ursula tal cual, sin tener que doblar la cerviz, ni inclinar el cogote, ni echarse hacia un lado, no están en la taquilla de la taquilla.

Están en otra taquilla, donde para ver lo mismo le cuesta mucho más caro. El veinte por ciento más, sin contar la propina voluntaria que suele ser ya obligatoria.

Y como uno es cabezota y quiere ver a doña Ursula, va y paga el veinte por ciento como un Pepe.

Y no por mucho pagar se la dejan ver a usted más rato. Empieza y acaba igual para todos.

La reventa es como el intermediario, que sólo sirve para encarecer la alegría esa. Y se guarda las mejores entradas, para que tenga usted más salidas. De dinero, se entiende. ¡Y como la película salga mal, y sea un rollazo, como suele suceder la mayoría de las veces, por mucha doña Ursula que salga, se tira usted de los pelos y tiene una pelotera con su novia.

Anda, y si va usted al teatro, ídem, que decían los romanos y hoy dicen las instancias. Las mejores entradas, las de primeras filas, que son las únicas donde uno se entera de lo que dicen los actores, porque parece que se cuentan la comedia entre ellos, están en la reventa. ¡Y vaya usted sacando billetes! Y una tarde de domingo o noche del sábado le sale a usted por un riñón más la hipoteca del otro, sin Banco.

— Ya sé que los de la reventa tienen que vivir, ¡pero podrían hacerlo de su trabajo y no del trabajo de los demás! ¿Para qué mantener algo que sólo sirve para encarecer?

Y como se animen un poco, van a instalar la reventa en las cafeterías y para tomarse un "ginger ale" o un "whisky con sifón", va a tener que pedírselo al camarero revendedor, que se lo va a cobrar a precio de "whisky" escocés teniendo sabor andaluz.

Y en cuanto se den cuenta, va a tener también de contratar las clínicas pasando por la reventa de habitación con derecho a acompañante.

Y el sastre pondrá un sastrecillo dos casas más allá y, a pagar las hechuras dobles.

Y en cuanto las compañías de transportes ciudadanos caigan en la idea de que vendiendo los billetes del tranvía o autobús en la reventa ganan muchísimo más, veo haciendo cola ante un vigilante de parada para comprar los billetes del viaje.

Y viajar mal, y encima pagar reventa, es ya de un color subido.

La reventa es como un paso a nivel en mitad de la gran vía madrileña o en mitad de la diagonal barcelonesa. Un atraso y un estorbo.

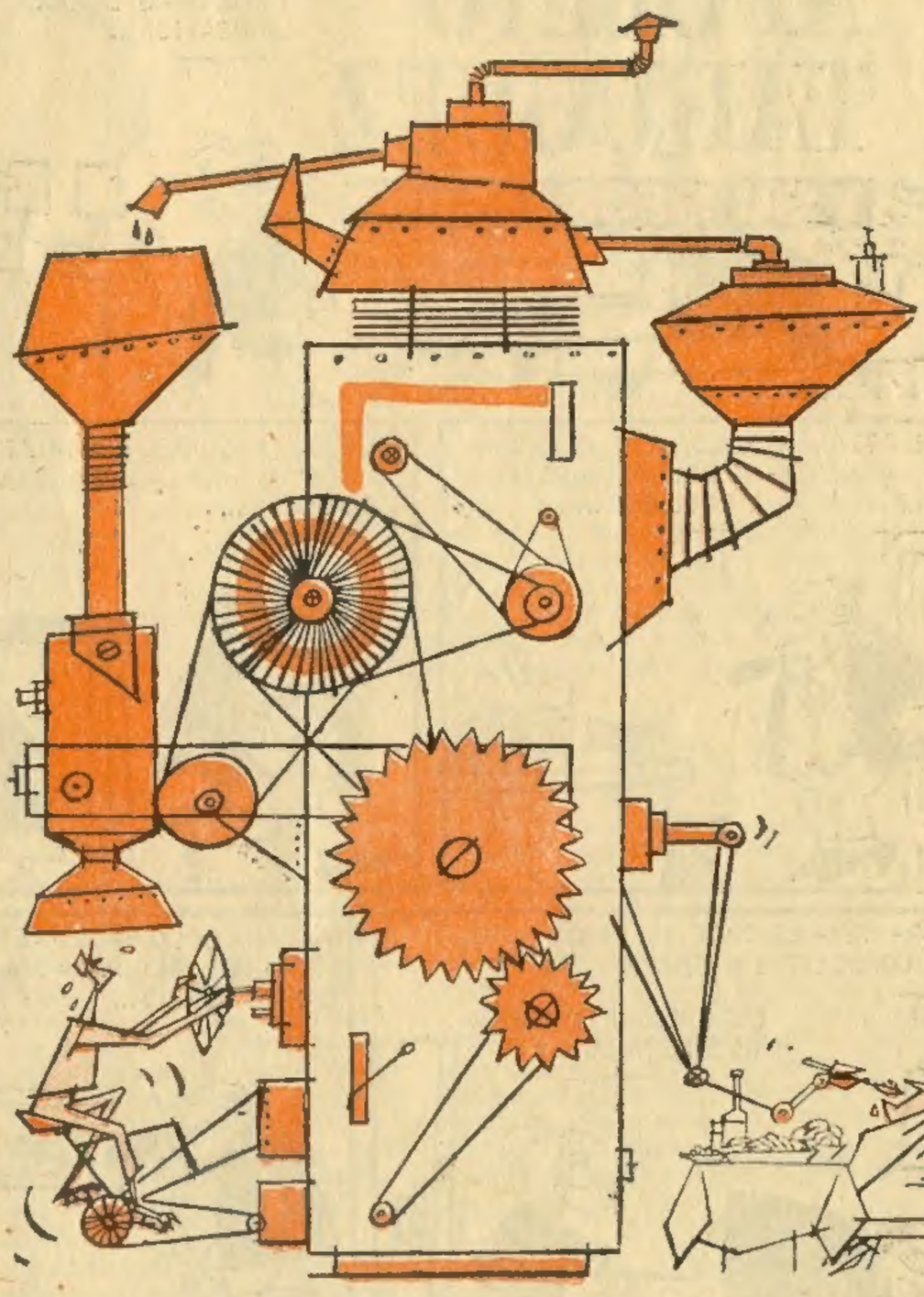
Armando MATIAS GUIU

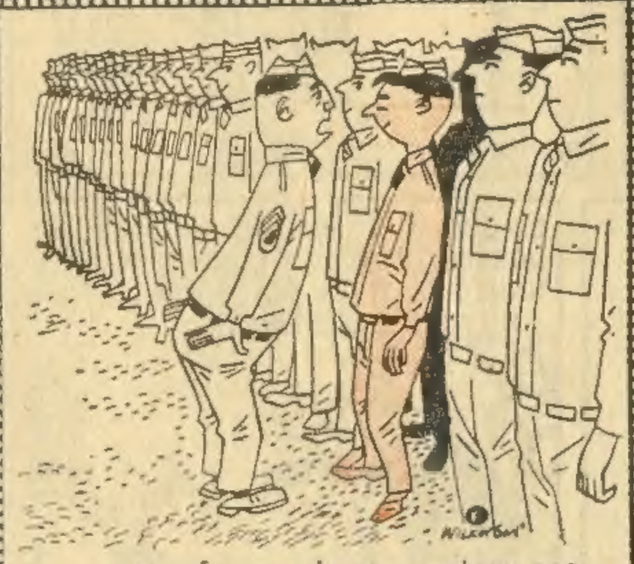
—Y aquí es donde se demuestra que el consumidor especializado muestra una decidida preferencia por nuestros productos...

—Es de la manera que saco más dinero de mis horas extras de trabajo.

—Me pregunto si debo despertarlo... A lo mejor es un crítico.

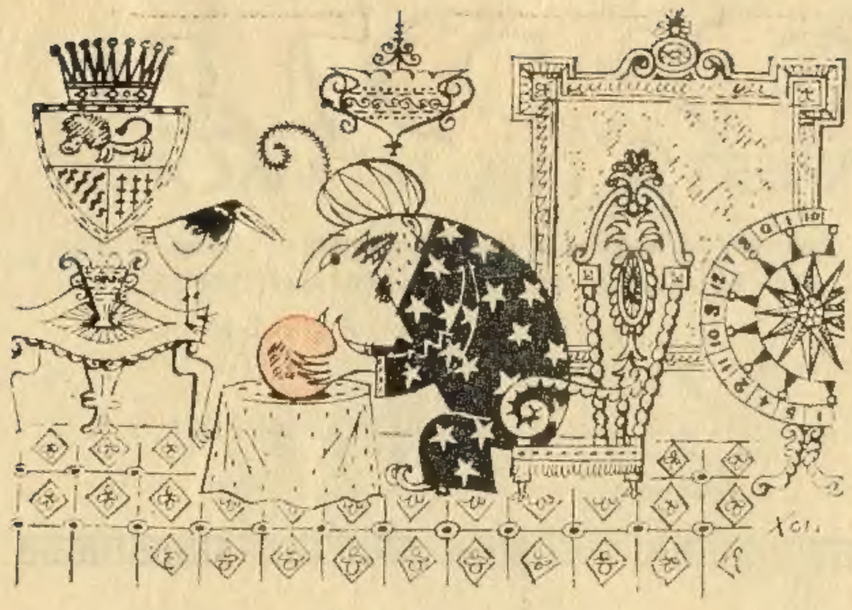
Chistes con MALA IDEA



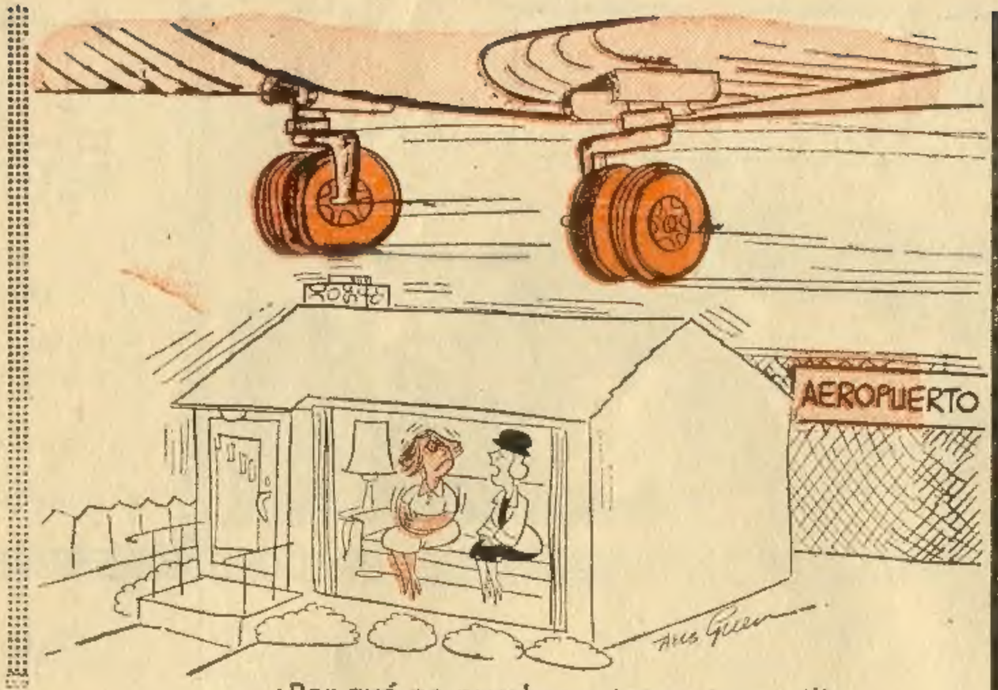


—Por favor, sírvase entrar ese estómago, caballero...

Los Estados Unidos acaban de fabricar una bomba atómica tan poderosa, que en lugar de radiactividad, produce TV actividad.

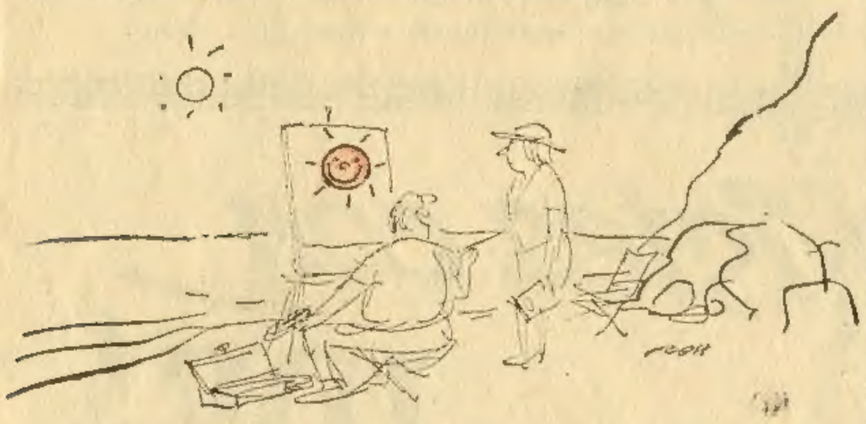


—La verdad es que es bonita esta bola...



—¿Por qué no pruebas a tomar tranquillizantes?

—¿De qué te ha servido seguir un curso de judo?



—Lo siento, querida, pero estoy muy contento.

Los coches grandes y los coches pequeños

Los señores que tienen coches grandes y los señores que tienen coches pequeños se parecen en que:

Ninguno de los dos respeta los pasos cebra.

Miran con desprecio a los que no tienen coche.

No tienen donde aparcar.

Hablan mal de los taxistas.

Dicen que actualmente tener coche no sirve para nada, pero sin embargo no venden el que tienen.

Se saltan a la torera las señales de tráfico

Observan con ironía a los coches más pequeños y con envidia a los mayores.

Hablan de "medias" más que las mujeres.

Hacen un viaje a Andorra para comprar vajillas y así ahorrarse 100 pesetas, aunque se gasten mil en gasolina.

Tienen un mecánico amigo que (según ellos), no les engaña.

Les fastidia que les pase una moto.

Critican la forma de conducir de los extranjeros.

Ponen los ojos en blanco al hablar de las autopistas italianas.

Creen ser unos conductores de maravilla.

Leen los artículos de los periódicos en los que se habla mal de la Zona Azul.

Se pasan el día hablando del coche.

Odian a los policías de tráfico.

Corren para ganar un minuto de tiempo y pierden media hora discutiendo con otro conductor.

Llegan tarde a todas partes buscando aparcamiento.

Sueñan con un coche mayor.

Cuando lo tienen, continúan soñando.

Cuando ven un accidente por la carretera, marchan durante diez minutos a 40 por hora.

Y no saben lo bonito que es ir a pie.

PERIGRULLO

APOLINO TARUGUEZ Y SU SECRETARIO

¡PERO QUE RARO ES ESTO! CADA VEZ QUE DUERMO LA SIESTA, ME ENCUENTRO UN CORDELITO ATADO AL PIE... CREO QUE EN ESTO TIENE ALGO QUE VER CELEDONIO.

CHISTES DEL TIEMPO

—Estafaba a la gente vendiendo cabellos de mujer y diciendo que eran de los Beatles...

Lavando la lana con alcohol, éter y ácido acético, y tratándola posteriormente con barita cáustica, se obtiene ácido lanugínico. Desgraciadamente, el ácido lanugínico no sirve para nada.

—No me he perdido ni un solo programa de «Los defensores». ¡Pregúnteme lo que quiera!

—Mi estilo es simple. Transformo las líneas curvas en rectas.

—No tengo respuestas, buen hombre, sólo preguntas.

—La historia demuestra que solamente un hombre fue indispensable: Adán.

—¡Es emocionante escuchar a los Beatles con un aparato así!

—Esta vez, la Dirección ha decidido hacerle un precio especial

Cuentecitos extraños

La gente señalaba como un tipo extraño a aquel aficionado al violín.

Cuando salía a sus ocupaciones habituales era un sujeto más bien grosero, egoísta y despegado de los demás, que sólo iba a la suya. No cedía el asiento en el autobús, atropellaba a las mujeres y los niños para ganar un buen sitio en el "metro"... En cambio, cuando marchaba con el estuche del violín, y el violín dentro, a cualquier ensayo, se convertía en otro hombre. Si veía un pobre, corría a ayudarle; si encontraba un ciego por la calle, se desvivía por ayudarle a cruzar entre los vehículos; si oía decir palabras gruesas a un señor, le reprendía comedida,pero valientemente.

Hasta los amigos se maravillaban del raro y opuesto comportamiento que exhibía: esto es, de verle normalmente insultar a los conductores de vehículos si los conductores de vehículos intentaban cruzar un paso de peatones cuando el semáforo acababa de ponerse amarillo; de quitarle el taxi a una señora cargada de bultos al ganarle la mano por agilidad; de intentar ahorrarse la propina en el café, y así. Y por la tarde, al tropezárselo con el violín bajo el brazo, seguramente camino del ensayo, con un semblante que llamaba poderosamente la atención: un rostro ascético, espiritual, lleno de luz y de bondad interior.

Se le acercaba un pobre cuando iba con el violín, y él, sin variar las expresiones de extraordinario misticismo, echaba mano a la cartera y le daba cinco duros. Unos pasos más adelante, un individuo harapiento le pedía fuego, y él le regalaba su mechero de oro. Un poco después pasaba en dirección opuesta una señora imponente, de esas que obligan a volver el cuello hasta a los que lo llevan escayolado, y el hombre del violín, en el colmo de la virtud, se dominaba, no se volvía, y no le decía nada.

Los amigos estaban estupefactos. ¿Qué clase de ser era aquél, que habitualmente se comportaba como un ineducado, y que cuando iba con el violín hacia los ensayos, no paraba de portarse bien, de hacer buenas acciones y de ser correctísimo?

Y de golpe la luz se hizo en sus mentes. Si aquel sujeto obraba así cuando iba con su instrumento musical era porque se trataba.. ¡de un virtuoso del violín!

EXTRAÑOS RECUERDOS

De los primeros recuerdos escolares que con más fidelidad conservo, son aquellas clases de aritmética en las que el buen maestro nos iba ilustrando en los conceptos de unidad y cantidad, de adición y sustracción, mientras los chiquillos alborotábamos, tan sólo pensando en lo larga que era la tarde, o esperábamos a que alguna de las moscas que zumbaban en el aula se posase cerca de nuestras manos, para capturarla y meterla en el tintero, y verla luego salir y arrastrarse torpemente, toda empapada, dejando un grueso trazo negruzco por la tabla del pupitre.

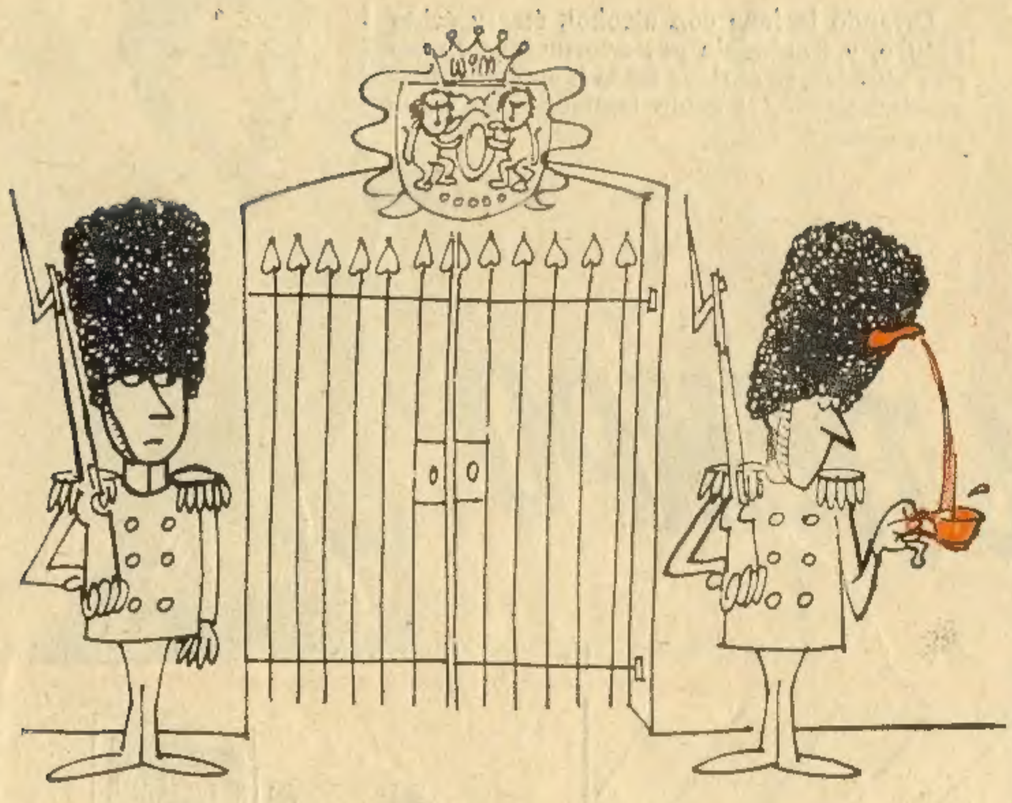
De todas formas, como yo era un alumno bastante atento, comprendía bien aquello que decía el buen profesor, de que no se podía operar aritméticamente sino con cantidades homogéneas; que no se podían sumar naranjas y patatas, ni melocotones con ciruelas, como tampoco se podían restar coles de rábanos, ni caballos de peces.

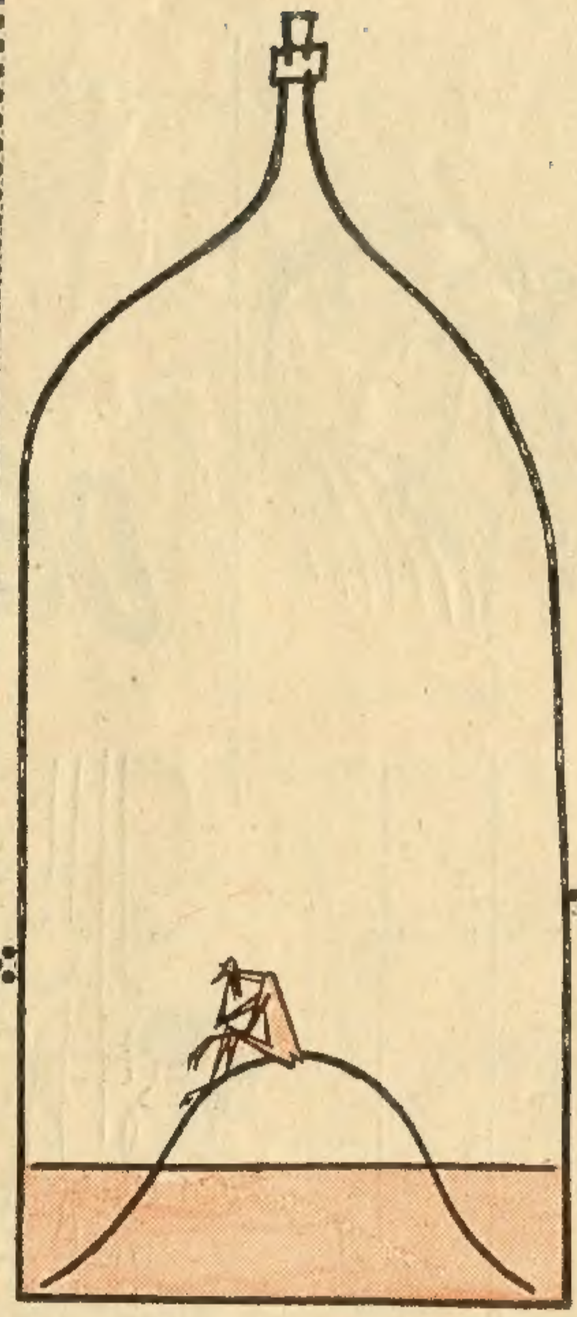
A veces el buen profesor nos tendía inocentes celadas como la de querer hacernos sumar panes con pasteles, o multiplicar en algún problema lápices por gomas de borrar. Algún incauto picaba, y entonces el buen profesor lo amonestaba pacientemente, mientras yo, en silencio, le admiraba firmemente al ver que él no se equivocaba jamás.

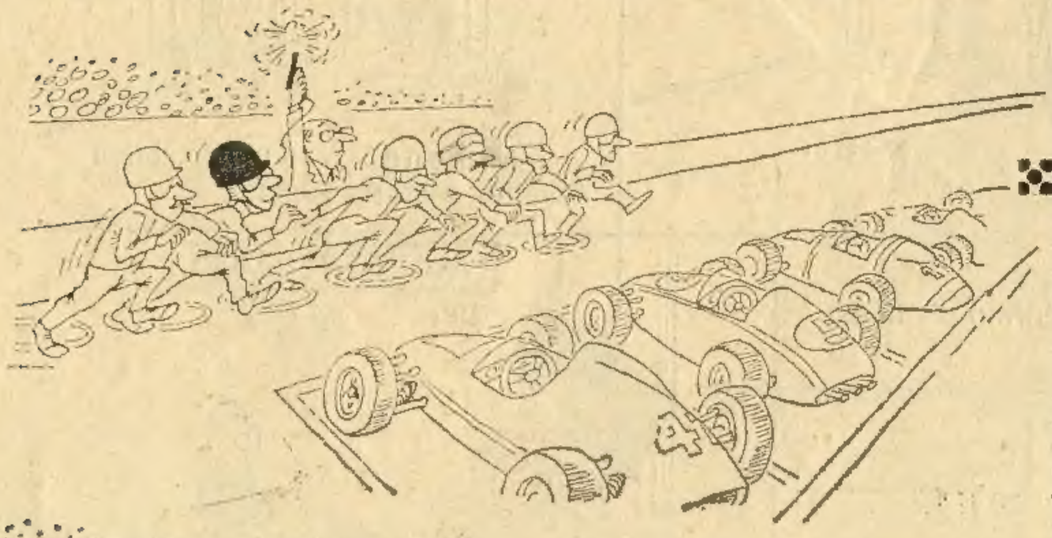
Por eso el día que salió a explicar en el encerado un problema en el que unos niños se iban de merienda y llevaban bocadillos de pescado, y empezó sobre la pizarra a hacer multiplicaciones y más multiplicaciones en las que mezclaba las sardinas y los pescados, con barras de pan, operando con cantidades heterogéneas sin darse cuenta del error, sentí como algo se rompía en mi interior, y la admiración se evaporaba para dejar paso a un rotundo desprecio.

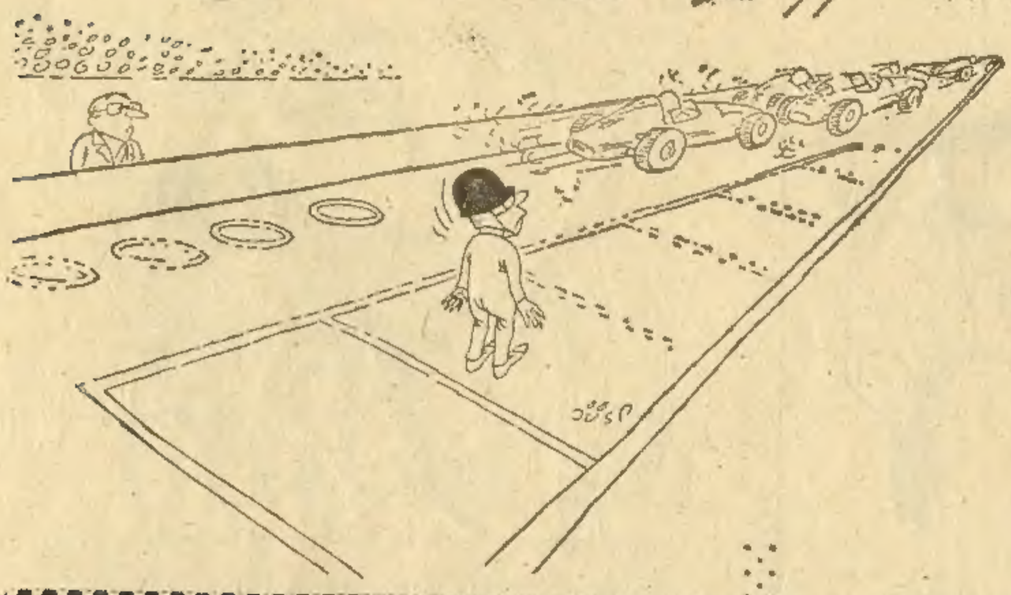
Sólo cuando pasó mucho tiempo, comprendí la injusticia que había cometido despreciando al buen profesor. Porque aquella tarde, sin saberlo, al operar con barras de pan y pescado en el problema desarrollado en la pizarra, yo a lo que había asistido era... a la multiplicación de los panes y los peces.

CYRANO

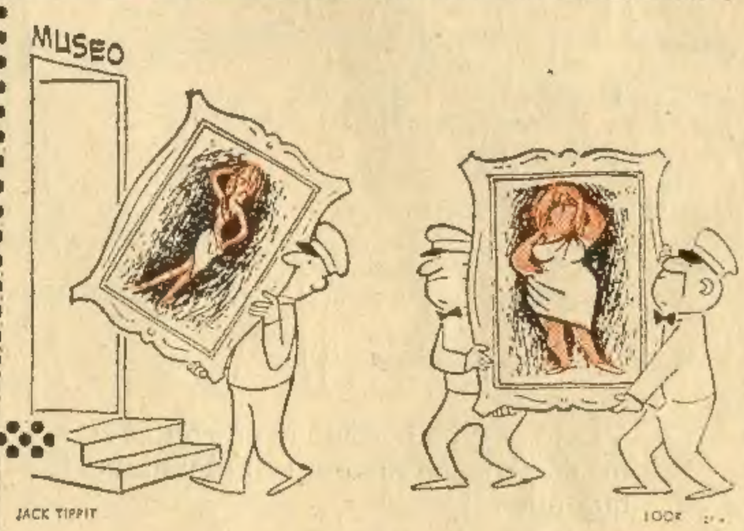


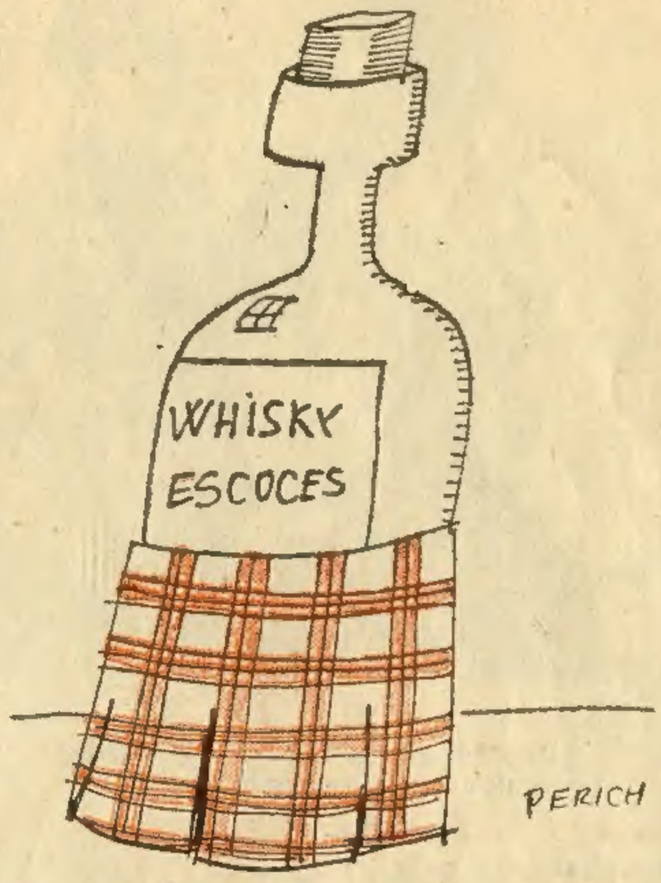






LECTOR:OBSERVE LAS SEÑALES DE TRAFICO AL CIRCULAR POR ESTA REVISTA.





"Debcnizker ịt merunbedtki da atkorez cazi" (Pensamiento Tártaro).

UN HOMBRE FELIZ

En cuanto abrió el periódico don Servando, que era bastante calvo, su rostro resplandeció de satisfacción, pues en la primera página había un anuncio que decía: "¡Se acabaron los calvos! ¡Use crecepelo Puf!"

Continuó don Servando hojeando el diario y poco después volvió a solazarse ante una noticia que decía: "¡Gane todo el dinero que quiera! ¡Estudie cosas por correspondencia!" A don Servando no le pareció nada mal la promesa de poder ganar mucho dinero de un modo tan sencillo.

No había terminado de celebrar tan halagüeñas perspectivas, cuando unos gruesos titulares llamaron su atención. "¡Regalos! ¡Obsequios! ¡Premios! ¡Miles de premios para usted!" —rezaba ahora otro anuncio. Y don Servando, con gesto complacido, se hizo la ilusión de que ya era poseedor de aquellos valiosos premios que prometía el anuncio.

Pasó a otra página del periódico y se alegró muchísimo al conocer las grandes facilidades que daba una inmobiliaria para adquirir los pisos que acababa de construir, todos exteriores.

Sin duda —pensó don Servando— aquel periódico sólo traía noticias agradables.

Siguió adelante en su lectura y se enteró loco de contento, de que ya no había que temer a los molestos resfriados, debido a unos comprimidos de efecto maravilloso.

Por sus ojos fueron desfilando camisas que duran toda la vida, muebles de oficina que hacen agradable el trabajo, excursiones alrededor del mundo que se pagan sin sentir, máquinas de afeitar que da gusto utilizarlas, licores que alegran la vida, cigarrillos embriagadores y automóviles que apenas si consumen gasolina.

Todo lo cual acabó por poner de muy buen humor a don Servando.

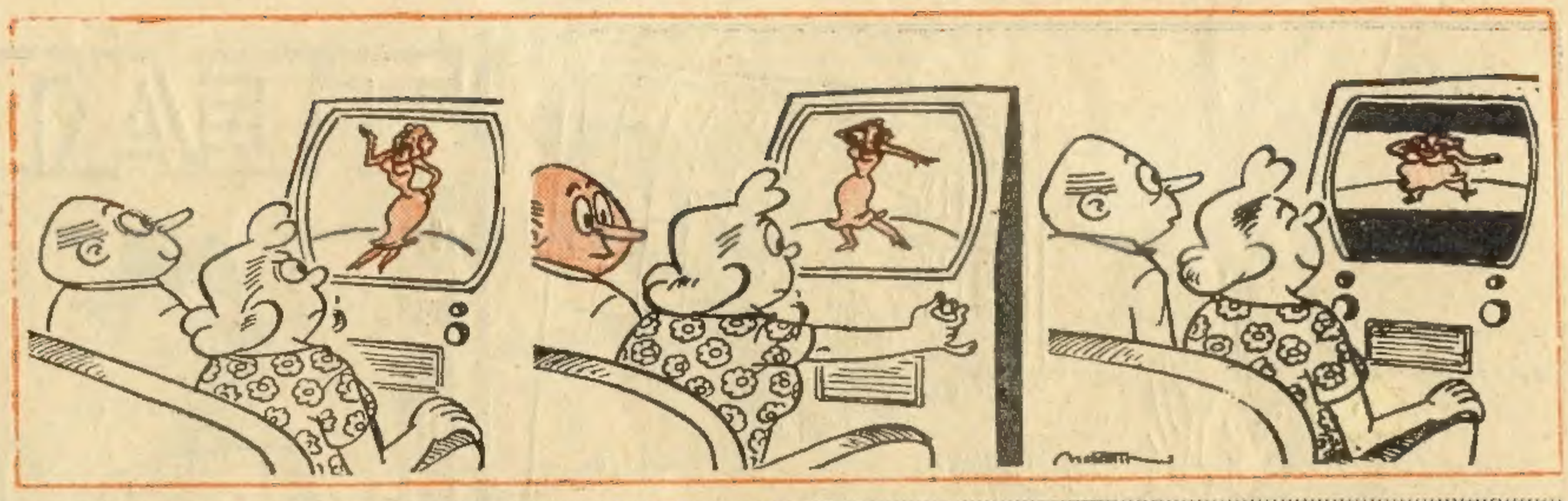
Pero todo esto no era nada, al lado del anuncio que más sorprendió a don Servando. Se trataba de una administración de lotería que prometía, ni más ni menos: "¡Estamos dando 75 millones de pesetas! ¡Apresúrese! ¡Le esperamos para entregarle 75 millones de pesetas!"

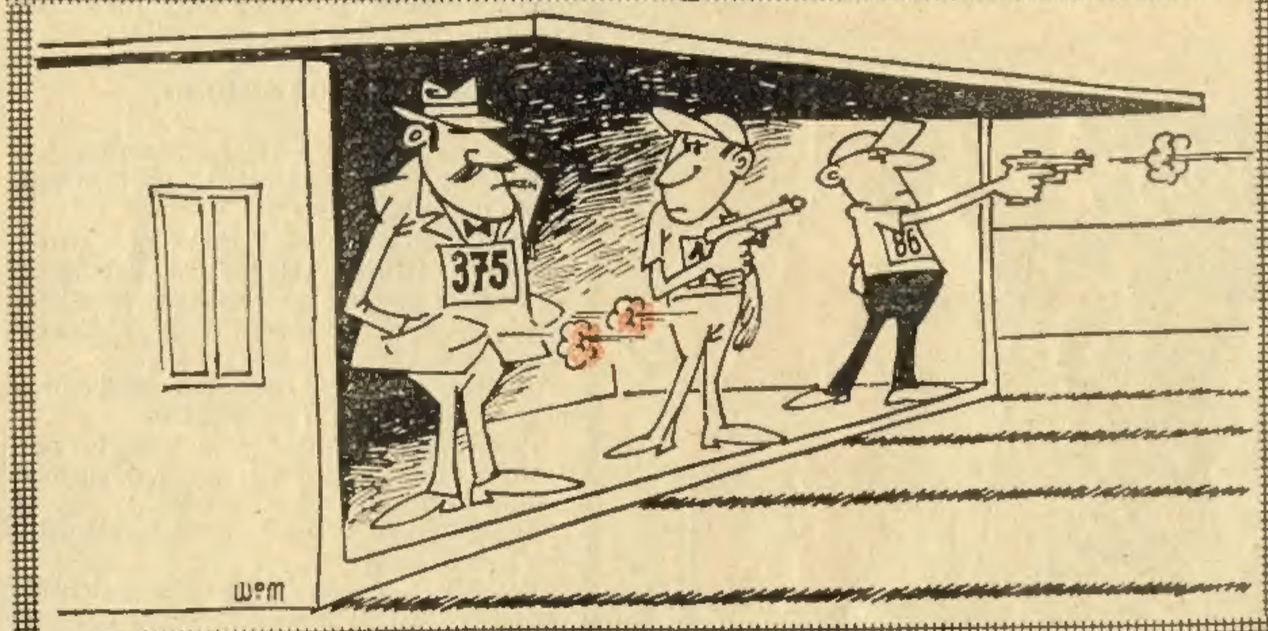
El rostro de don Servando acusó una gran alegría, mezclada con cierta codicia.

Cientos y cientos de cosas agradables fueron desfilando ante los absortos ojos de don Servando, que cada vez se encontraba más contento, ante aquel verdadero derroche de prebendas.

Cuando terminó de hojear el periódico don Servando no cabía en sí de gozo. Y, más contento que unas castañuelas, se guardó el periódico y empezó a tararear una liviana cancioncilla...

HILARIO





—¡Todos los hombres sois iguales! ¡Ni te has fijado en mi vestido nuevo!

—¿Está ocupada esta silla?

Crítica de las Artes

ESCULTURA

El escultor Hans Hansen, uno de los más avanzados del momento, ha terminado ya su obra, con destino al Museo De Cosas Modernas. Se trata de un bloque de piedra de grandes dimensiones. Tiene la virtud de que se mire desde donde se mire, siempre se tiene la impresión de que le va a caer a uno encima. Los críticos han lanzado los más encendidos elogios sobre esta obra, que aún no ha sido bautizada, puesto que como es así de moderna, puede representar varias cosas.

PINTURA

En la sala Gumersindo, expone el paisajista Montfulleda. Este artista de la paleta nos ha dado una vez más muestra de su valor. Ante nuestras asombradas y humildes pupilas desfilan una serie de paisajes a cual más sugestivo. Pero todos ellos con el inconfundible sello de su creador. Montfulleda es de los que sostienen con brío que hay que pintar lo que se ve, postura atrevida en estos tiempos de dominio del más absoluto subjetivismo. Tanto pinta Montfulleda lo que ve, que uno de sus paisajes está completamente en negro, sin nada. Su autor, da la explicación: se trata de un paisaje visto desde la ventanilla de un tren, cuando el tren pasa por un túnel.

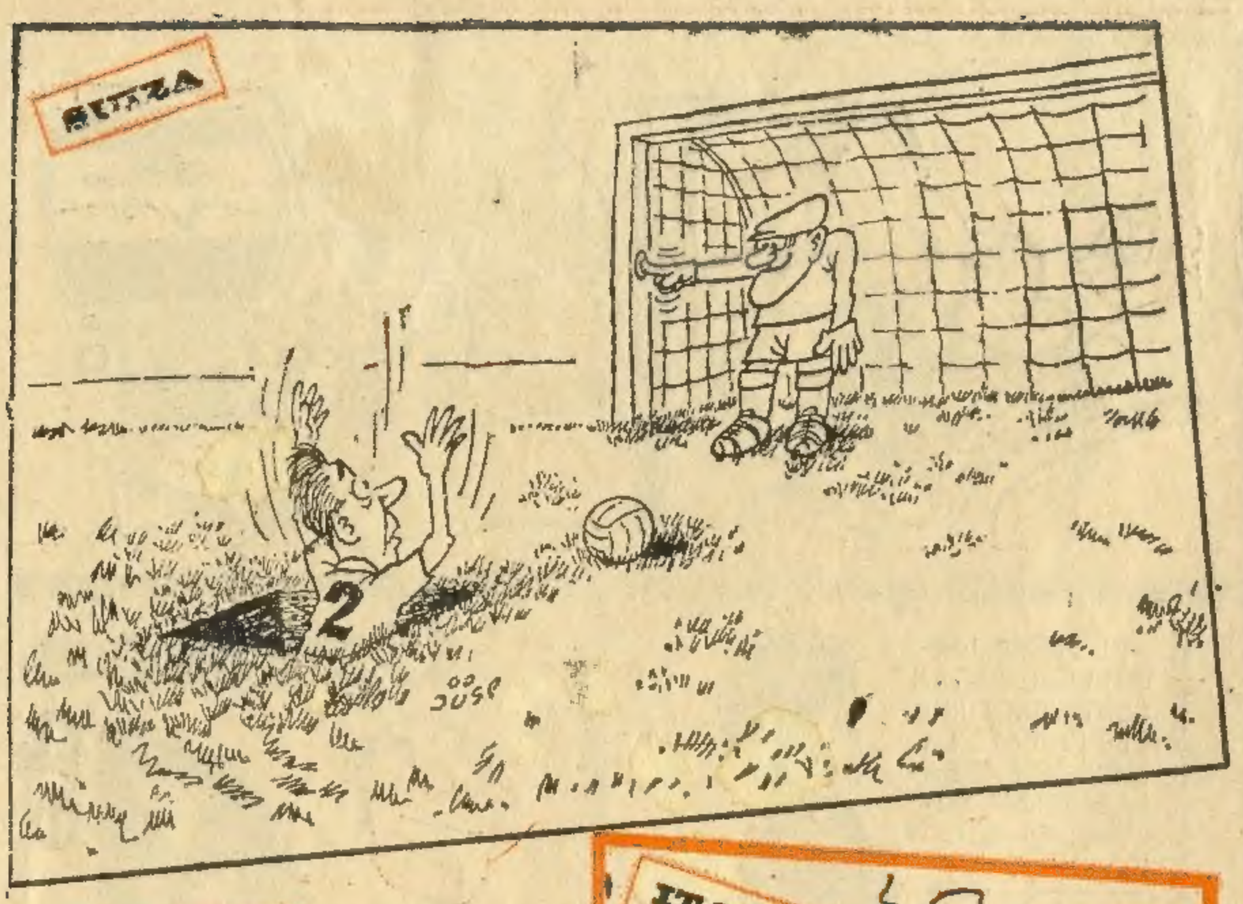
En la sala Ramírez, cuelga sus cuadros Peripérez. Peripérez no agota nunca su capacidad para sorprendernos. Esta salida suya a las paredes era esperada con ansiedad, ya que llevábamos largo tiempo sin ver nada suyo. Y, una vez más, nos ha sorprendido. Peripérez ha sabido llegar a la esencia de las cosas, prescindiendo del mero andamio de las cosas, que son las formas. Fueron muy alabados dos de sus cuadros que resumen toda su teoría. Uno de ellos, lleva por título: "hombre" y consta de una huella digital. El otro, denominado "mujer" es sencillamente, una huella de carmín. El público dio abundantes muestras de admiración, sin que se registrara incidente alguno.

MUSICA

En el Palacio de las Corcheas se ha estrenado la sinfonía "Obsesión". Se trata de un nuevo concepto de la música que se aparta de los cánones hasta ahora conocidos. Su autor ha confesado que la compuso trabajando en ella exclusivamente por las noches. Su motivo central es obsesivo, torturante. Y también Pandiroli, el autor, ha confesado cual fue la fuente: el agua que gotea de los grifos que no se han cerrado del todo.

Lamentamos tener que decir que la eximia arpista Fifi de Pitiminí no pudo dar anoche el concierto de arpa que estaba anunciado, por no haber podido deshacer los nudos que se le habían hecho en las cuerdas de la citada arpa.

DANUY



ONU del CHISTE

TEATRO

SINTÉTICO

CODICIA Y PUTREFACCION

(Drama del suburbio)

(La escena representa unos solares llenos de inmundicias. Entre las inmundicias se halla una infecta chabola.)

PATRO: —¡Maldita sea...! ¡Qué vida más arrastrá lleva una, trapera de profesión, porque de tanto rozarse con las cosas viejas y podridas ha acabado una por ser una guarra!

(Entra MANOLO con un carro lleno de basura.)

MANOLO: —¡No te quejes, puerca, que mira qué basura más fresca he traído hoy!

PATRO: —¡Así te ahogues en ella! ¡Te digo que esta vida no hay quien la resista, porque a cochinos no nos gana nadie!

MANOLO: —¡Has hecho algo de comer?

PATRO: —¿Y qué voy a hacer, arrastrao? Sabes que siempre espero que regreses con esas cochinadas, porque a lo mejor se encuentra entre ellas algo comestible.

(Aparece el SEÑOR SIMON.)

SEÑOR SIMON: —¡Hola, parejita...!

PATRO: —¿Ya está usted aquí otra vez, como todos los meses?

SEÑOR SIMON: —¿Y qué quiere usted que haga? Ocupan ustedes esa chabola en un terreno que me pertenece y del cual no puedo disponer, porque no os da la gana de marcharos...

MANOLO: —Pero, ¿no tiene usted entrañas en el cuerpo, tío asqueroso?

PATRO: —¡Mira que venir todos los meses con la pretensión de que le paguemos un tanto por ocupar esa miseria...!

SEÑOR SIMON: —¡Hombre, los siete duros que os cobro...!

PATRO: —¡La cara de vergüenza debería caérsele a usted! Pero, ¿no ve de qué manera se vive aquí? ¿No se da cuenta de que las pulgas ya no nos pican, porque con la convivencia y el trato que tienen con nosotros lo han hecho problema de conciencia?

MANOLO: —¡A quién le estás hablando de conciencia...!

SEÑOR SIMON: —¡Pero si yo les juro que toda mi hacienda es este solar y una casa de tres pisos, cuyos inquilinos me pagan en total seiscientas pesetas al año...!

MANOLO: —¡No te digo...! ¡Un potentado!

PATRO: —¡Mira, quítamelo de mi vista, que no respondo!

SEÑOR SIMON: —Les advierto que estoy cansándome y voy a llevar el asunto a los tribunales...

MANOLO: —¡Fuera de aquí!

PATRO: —¡Mal hombre! ¡Tío cerdo...!

(Echan a patadas al SEÑOR SIMON.)

PATRO: —¡Qué desvergüenza...! Trae, trae esos tronchos de repollo, que voy a cocinarlos en un santiamén.

MANOLO: —¿Le doy alguno al caballo?

PATRO: —¡Que se muera!

MANOLO: —Bueno, vamos a ver...

(Se sientan ambos a una mesa.)

PATRO: —Tal y como traes hoy el carro y contando con vender lo que hay en los sacos, es decir, ropas viejas, periódicos y demás zarandajas, sacaremos alrededor de mil novecientas pesetas...

MANOLO: —...que si las ingresamos en el Banco... Tendremos... siete millones ochocientas sesenta y nueve pesetas con veinticinco céntimos.

PATRO: —Ya está el repollo.

(Comen en silencio.)

¡Vamos, que no se me quita de la cabeza el señor Simón...! ¡Claro, por eso se fomenta el odio de clases y hay descontentos!

(Siguen comiendo, mientras cae, harapiento, el

TELON

JORGE LLOPIS

En un circo francés actuó hace poco un fakir que en lugar de comer clavos y vidrios, comía chorizo y patatas fritas.

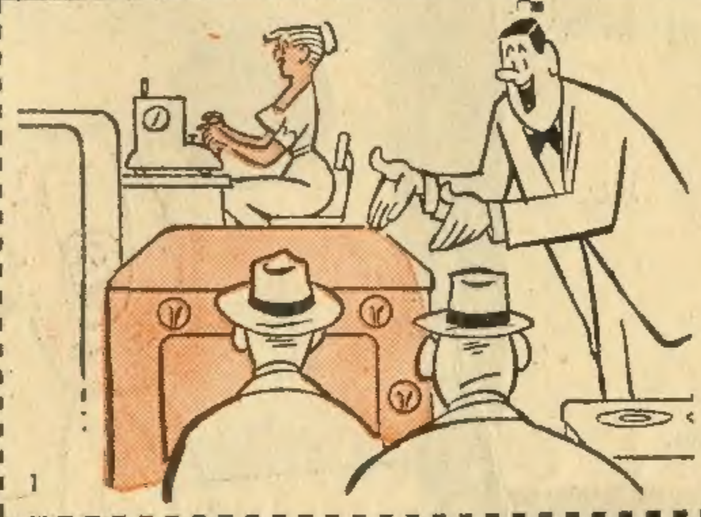
En Japón se fabrica un tipo de cerraduras que tiene los ojos oblícuos.

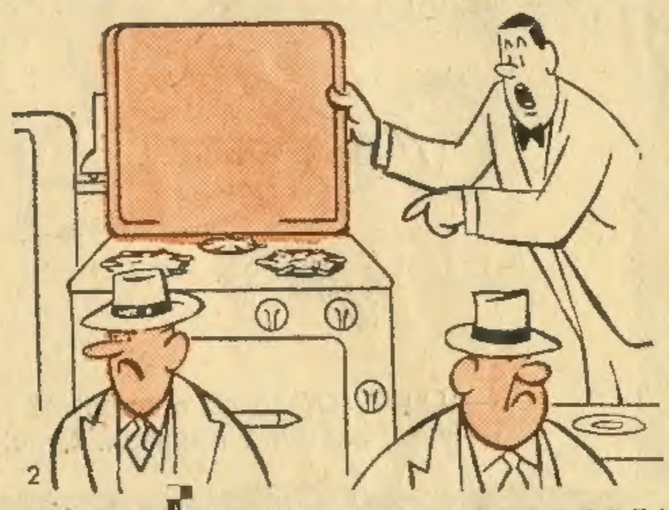
hogar, dulce hogar

-¿MUJERES?¡BAH!A MI NO ME PESCAN COMO A ESOS TONTOS QUE CUANDO SE DAN CUENTA YA ESTAN CASADOS..
- Y ESO QUE LAS HE CONOCIDO DE TODAS CLASES,PERO NO HAY MUJER QUE ME DOMINE...

- AQUI ME TIENEN,A LOS CUARENTA AÑOS Y SOLTERO.LIBRE COMO UN PAJARO.
-PREPARA EL COCHE,ROBERTO,QUE IREMOS A CASA DE LOS DIEGUEZ.
EN SEGUIDA,MAMA.
6858

—¡Nuestra anterior vivienda tenía planta baja, piso y ático!





Si los jefes de empresa se comportaran como futbolistas

Don Ramiro Buscacosas abrió la puerta de la nave donde trabajaban doscientos empleados entre chicas guapas y señores feos.

Inmediatamente, el jefe de la sección corrió el área hasta llegar al extremo opuesto del campo donde estaba el director general.

—¿Qué hay, Fernández? —chutó paternalmente, el director general.

—Un tiempo magnífico y el terreno de trabajo está en inmejorables condiciones. Ha empezado el partido laboral a las ocho en punto...

—¿Cómo va el partido?

—Ganamos, señor. Dominamos el campo y se puede decir que los clientes de provincias están embotellados en su área.

Avanzaron por el campo, donde todos los empleados con las insignias del equipo de la sección se pusieron de pie interrumpiendo sus jugadas laborales.

—Hemos fichado a tres nuevos empleados —sonrió el llamado Fernández—. Nada menos que a Carlitos Martínez, que fue cajero-centro de "Manufacturas Desunidas. F. C."

—¿Mucha ficha?

—Lo usual. Diez mil de entrada y doce mil cada mes.

—¿Organiza bien el juego?

—Estupendo. Desde que ha llegado, se puede decir que se trabaja más que antes. También hemos fichado a Mari-Puri. Sensacional, oiga. Dribla las piernas con una elegancia de anuncio de medias.

—¿No causa distracciones?

—Está marcada por su novio. No hay peligro.

Ambos se acercaron al centro del terreno. Los empleados chutaban sus máquinas de escribir esperando que sonara el silbato del árbitro para cesar la primera parte del partido y poder ir a los vestuarios a almorzar, para continuar la segunda parte del encuentro a las tres en punto, hora de la F.I.F.A.

—¿Pedidos? —indagó el jefazo.

—Hemos goleado a placer a "Manufacturas Pequeñas", por doce pedidos a cero. La superioridad era manifiesta.

—Bien. He de comunicarle algo importante. A usted le nombraremos gerente del Club, porque... —el jefazo sonrió—. ¡He fichado a un jefe de sección sudamericano!

—¡Sudamericano! —exclamó el jefe de sección, emocionado—. ¿No será...?

—Sí. En dos años puso a "Créditos y Construcciones" en diez millones más de beneficios al año.

—¡Cómo van a rabiar "Hidratos y Fosfatos Calvos"! ¡Querían ficharlo ellos!

—Luego, ampliaremos el campo de trabajo, para que quepa más gente.

Don Ramiro echó otro vistazo en torno. El partido transcurría normalmente. Mari-Puri pasaba sus expedientes a Ramírez con una precisión fabulosa. El binomio Gutiérrez —Mari-Puri de la defensa, cortaba todo juego brusco. No dejaban pasar una falta.

—Tiene un buen equipo, Fernández. Lo mantiene en forma.

Y palmoteó la espalda del jefe de sección, que se sintió satisfecho. Y en cuanto don Ramiro hubo abandonado la nave, el señor Fernández habló a sus muchachos:

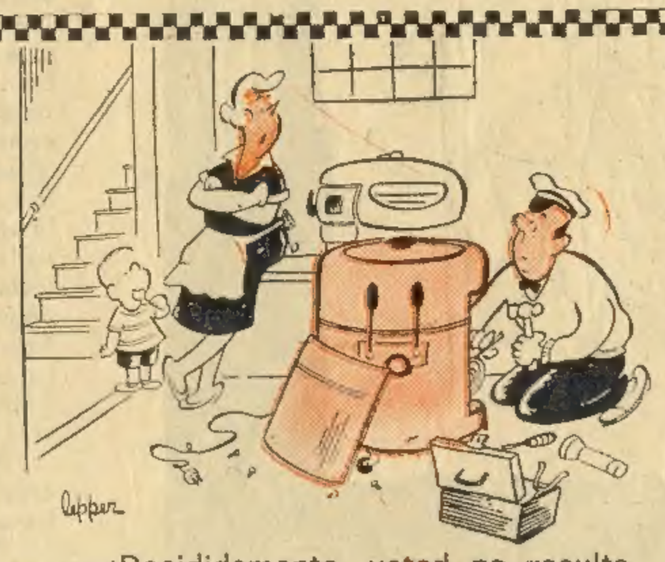
—El jefe está contento de vosotros, pero hay que apurar más las jugadas. El ala derecha flojea. Es preciso reforzarla. Usted, Polínez, ocupe el puesto de Bernáldez y apoye el ala defendida por Mercedes. Eso es.

Descontó de su cronómetro los minutos perdidos en el cambio y se sentó en el banquillo para seguir presenciando el partido

Armando MATIAS GUIU

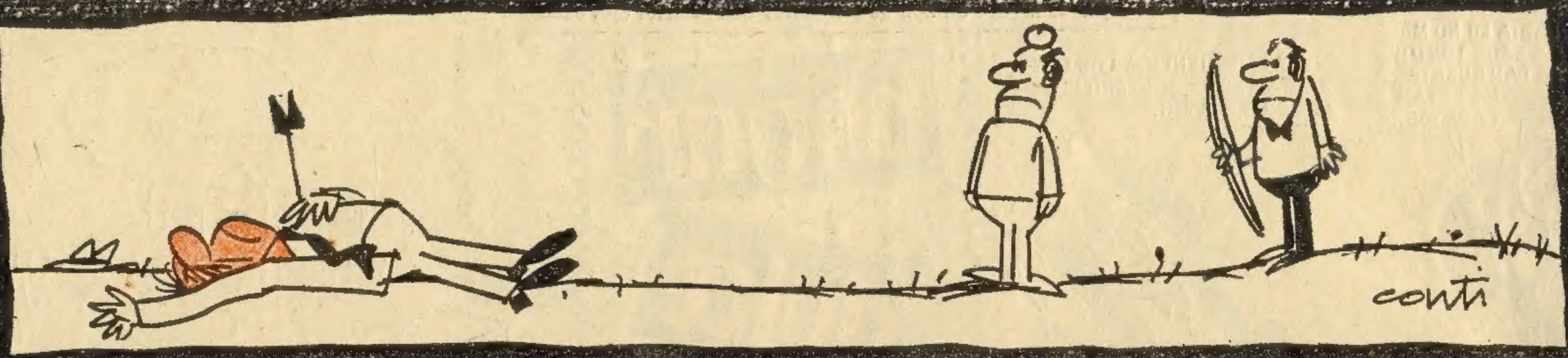
—No, no es falta de confianza, pero mientras tratas de arreglarlo, mandaré a buscar al fontanero.

—Hace más de treinta años que me dicen que mis granitos desaparecerán con la edad.



—¡Decididamente, usted no resulta tan divertido como el hombre que arregla el televisor!

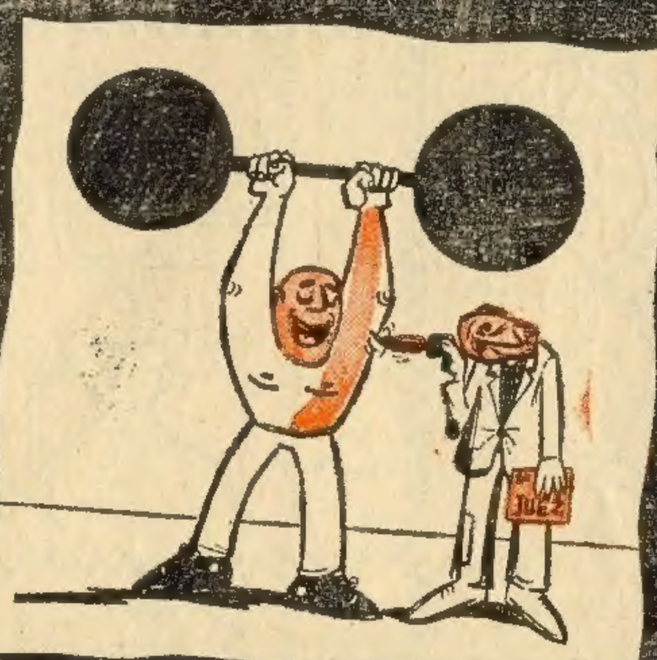
PEQUEÑA VENGANZA



Parricida es el que mata al padre;fratricida el que mata al hermano; filicida el que mata al hijo; cucarachicida el que mata a una cucaracha; y suicida el que mata a un suizo.

HUMOR MALDITO

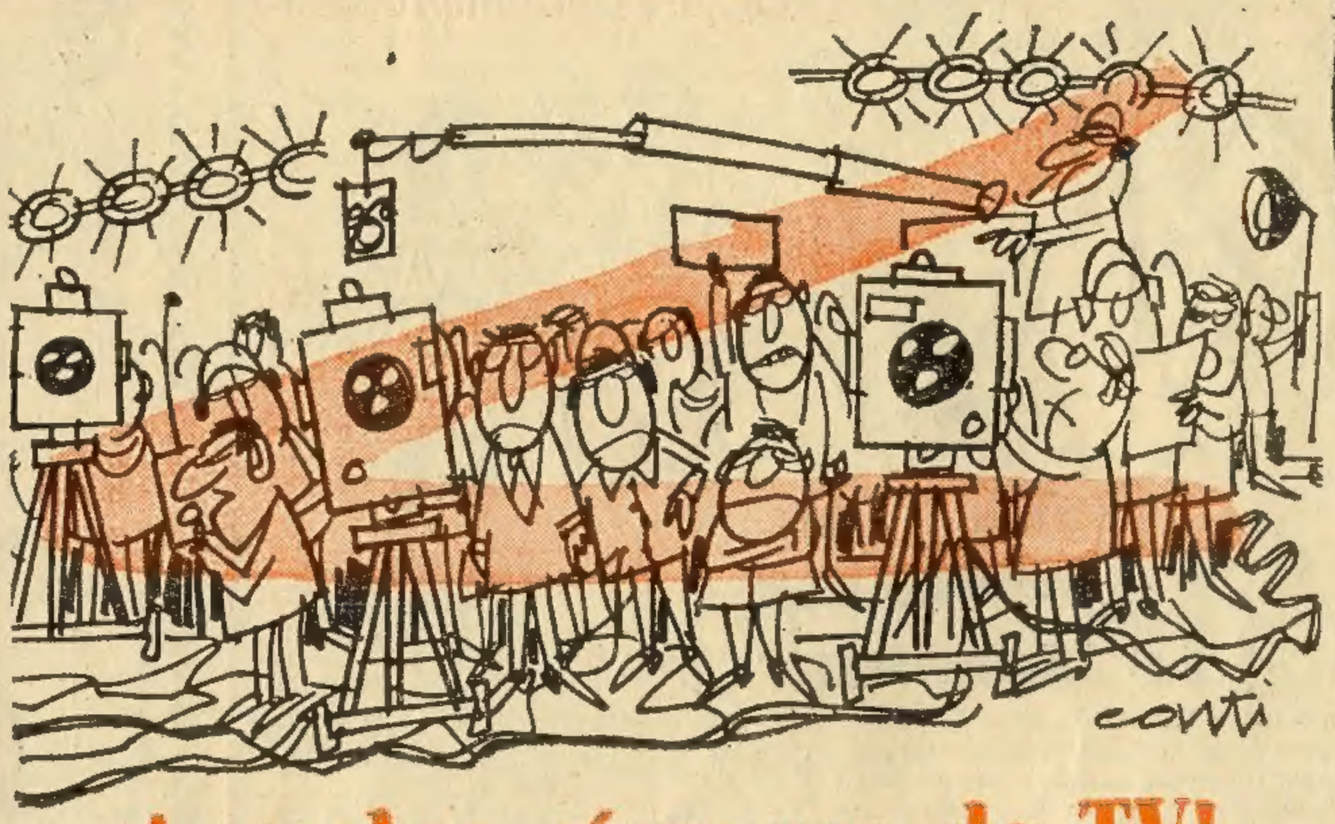
—¿Qué? ¿Cómo se encuentra?
—Pues, bastante muerto... Gracias.



—Ya que estás ahí, cógeme unas cuantas peras.

El emperador chino Ho-Chu-Mel, en el siglo VI, murió de una enfermedad que, afortunadamente, no era grave.

Frankestein; cuando se siente enfermo, llama al electricista.

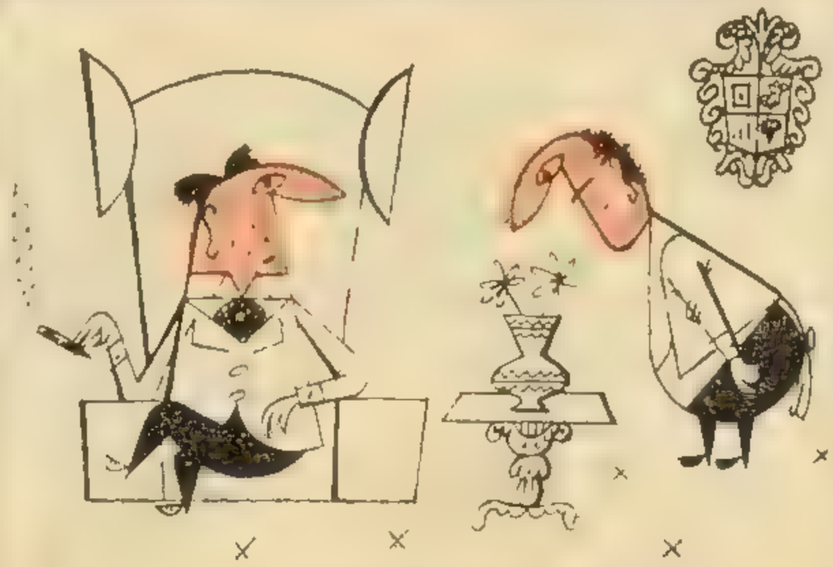


¡Ante las cámaras de TV!

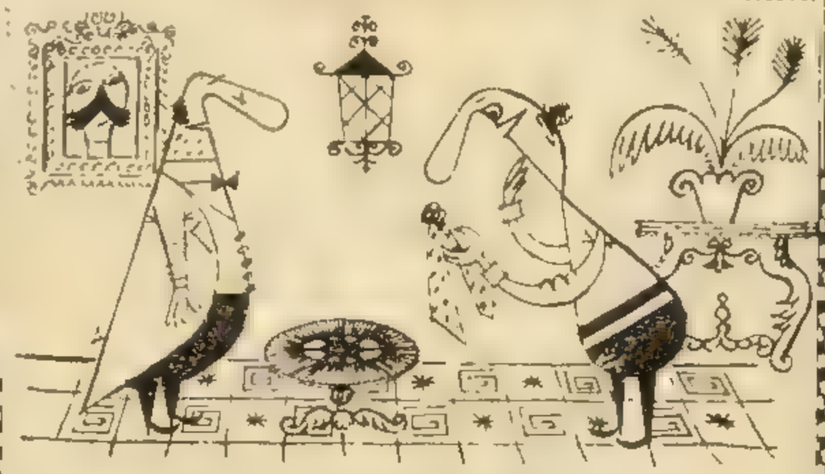
Anunciado programa de variedades en diferido. Entrada en los estudios tras rigurosos controles. Espacio increíblemente reducido para tanta gente y tanto armatoste. Múltiples decoraciones. Calor insoportable. Cables gordos como boas culebrean entre piernas rechinando su alta tensión. Un micrófono enganchado a una pértiga metálica —la jirafa— vuela sobre las cabezas. Peligro por todas partes. Es mejor irse, pero no hay tiempo; alguien le agarra a uno del brazo y le coloca junto a un foco diciéndole que no se mueva de allí. El foco achicharra, el sudor corre a raudales, la cabeza da vueltas... ¡Salvado! Le han dicho que pase a maquillarse. Simpáticas señoritas esparcen crema color calabaza hervida por la cara de uno. Le ponen también un papelito alrededor del cuello para que no se manche el de la camisa. ¡Al plató! No... todavía no. Resulta que hay que esperar tres horas. En televisión todo el mundo es jefe porque todos dan órdenes. A quién, es lo que nadie sabe Uno enciende un cigarrillo, pero el bombero atacá. ¡TERMINANTEMENTE PROHIBIDO FUMAR! Sin embargo, cuando uno está ante la cámara puede fumar un poquito. Como el ron de los reos. El presentador empieza el programa con frases rimbombantes. Al salir de escena da un traspiés. Hay que repetir. Los técnicos masculian su contrariedad. El programa va grabado en video-tape y resultà que unas misteriosas cabezas electrónicas se calientan demasiado al repetir. Una voz potente resuena por todo el estudio "¿Por qué no se ha oído la sintonía?" Es la voz del alto mando estratégico situado en la cabina de control. La orquesta añade la sintonía y luego canta una monada. Después cuenta chistes un cómico, y tocan sus guitarras cinco melenudos. ¡AHORA! Le dan a uno un empujón y sonríe ante las cámaras con la luz roja encendida. Le preguntan cuatro memeces y contesta con otras. ¡Horror! Uno piensa que no se ha quitado el cuello de papel... Gesto de comprobación, muy disimulado. ¡Sí, sí! Menos mal. ¿Ya se acabó? Porque la cámara salta hacia atrás y luego corre a un rincón donde un malabarista filigranea con varias pelotas. Hay que desmaquillarse. Le frotan a uno con un líquido azul que recuerda un licor estomacal y la cara queda limpia. Listo. ¿Puede uno marcharse? Sí. Allá están tan apretados, que te agradecen que te vayas. Regreso a casa a las tantas. Es una lástima; por ir a la televisión te has quedado sin ver la televisión.

CONTI

El índice de mortalidad por ataques de calvicie alcanza el cero por ciento.



—Estoy cansado de llevar esta vida, Pepe. Desde mañana la vas a llevar tú.

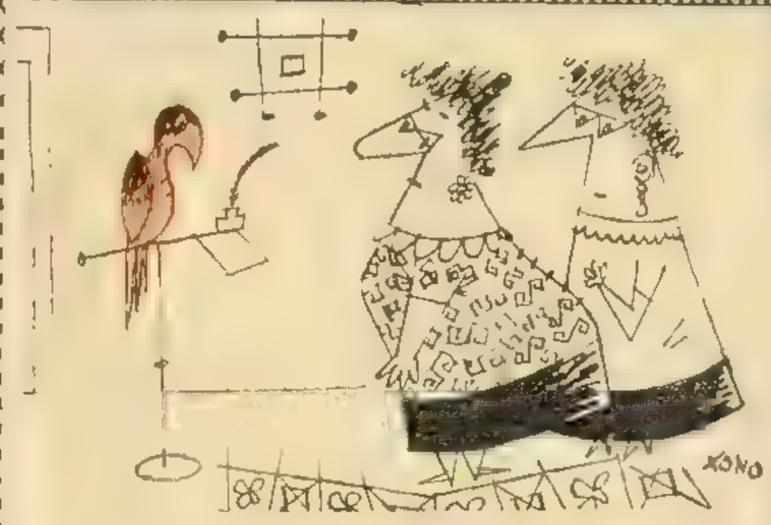


—Sí, le he hecho este nudo en la corbata, para recordar al señor que debe hacerse un nudo en la corbata.

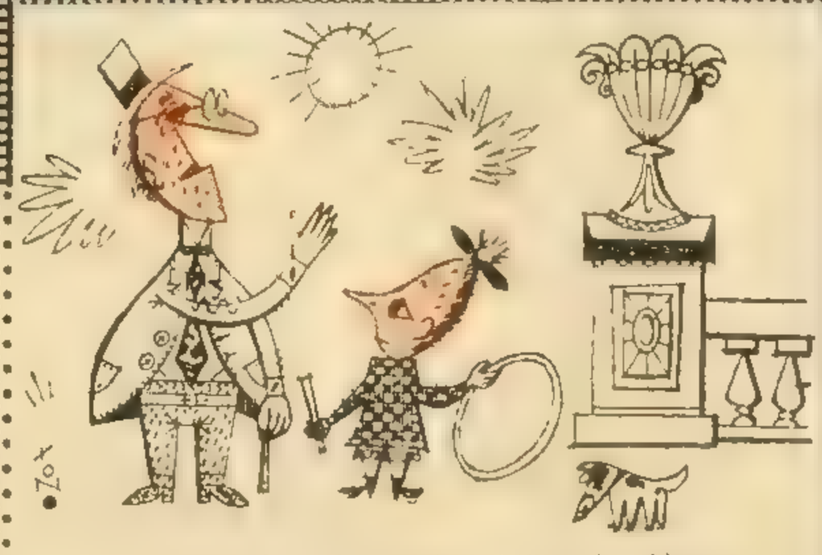
TONO'S Club

VENDEDOR DE ASPIRADORAS

—Desengáñese, don Felipe, no se puede decir de esta agua no beberé...



—Hablar, habla muy bien; lo que no consigo es que escriba.



—Ya no hay distancias, hijo mío. Ahora estamos aquí y, a lo mejor, dentro de un rato estaremos en Apodaca, 65, 3.°, izquierda.

PASTILLAS DE GOMA

GOMINOLAS

• fresa • naranja • limón • menta (DE VENTA EN FARMACIAS)

P - 699 (10 - 65) 500

Big GEORGE!
by Virgil Partch
MUY BIEN, CHICOS, YA LLEGAMOS AL LAGO. AHORA QUIERO QUE TODAS LAS REGLAS DE SEGURIDAD SEAN SEGUIDAS AL PIE DE LA LETRA. ¿ENTENDIDOS?
¡EH, CUIDADO! ¡QUITATE EL CINTURON DE SEGURIDAD ANTES DE BAJAR!
OOOPS!!
¿Y AHORA, QUE HACEMOS?
NO SEAIS PAYASOS, ¡SACADME DE AQUI!
10284

Curiosidad: el 44 por ciento de los habitantes de Abisinia desconoce la existencia de la localidad de Villaserena del Rioseco, provincia de Cáceres.

Vaticinios modestos

Lo mismo que en los espectáculos públicos existen localidades caras para gentes de posibles y otras, económicas, desde las que se puede contemplar el espectáculo un poco mas lejos, así el hombre, que no para de inventar cosas, ha creado diversos tipos de horóscopos aptos para todos los bolsillos.

En la antigüedad, para conocer el futuro, había que hacer un largo e incómodo viaje hasta Delfos, viaje en el que los griegos se llevaban sus esperanzas, sus ilusiones y una tortilla de patata.

Durante la Edad Media, las brujas practicaron el difícil arte de predecir el futuro, pero muy pronto se desacreditaron y casi todas acabaron sus días bien asaditas a la brasa.

Ahora hay, como decía antes, pronósticos y augurios para todos los bolsillos, a saber.

Para gentes pudientes se presenta de vez en cuando en las ciudades una discreta señora que dice poseer todos los secretos de Ecbatana e incluso de Samarcanda (que no he sabido nunca donde porras está).

Para personas modestas, cuyo bolsillo no puede permitirse dispendios importantes, existe la echadora de cartas, que en lugar de llamarse como la adivina para gente adinerada, "Madame Fricassé, cartomancienne" y ser miembro de la "Scientific and Hiperbolic Society", de Boston, se llama a secas "señá Maruja" y con un lenguaje pintoresco anuncia los clasicos prodigios: la carta en camino, el hombre de buen color que piensa en una, una persona que te quiere mal, un pleito...

Por fin, para saciar esa avidez que siempre ha tenido el hombre por conocer lo que le va a pasar, hay otros métodos de adivinación más sencillos y económicos todavía: la margarita y el Abanico de la Fortuna.

Sí..., no..., sí..., no..., y al final, el resultado, —favorable o adverso— en pocos minutos y con menos dinero.

Y todo ello: Oráculo de Delfos, brujería medieval, piscator, cartomántica, Abanico y margarita, todo por ese empeño del hombre de conocer, de penetrar hasta el fondo el misterio del Futuro, cuando el futuro es el presente del mañana, pero con un día mas. Y en un día, en un solo día pueden suceder las más espantosas calamidades: una guerra, un aumento de los impuestos, ¡hasta una exposición de pintores abstractos..!

Intentar conocer el Futuro es como entrar en un cine cuando el submarino alemán ha sido ya torpedeado y hundido por los "buenos". Pero el hombre no tiene arreglo, quiere saber siempre el desenlace del argumento y esto tiene a veces sus peligros y quiebras.

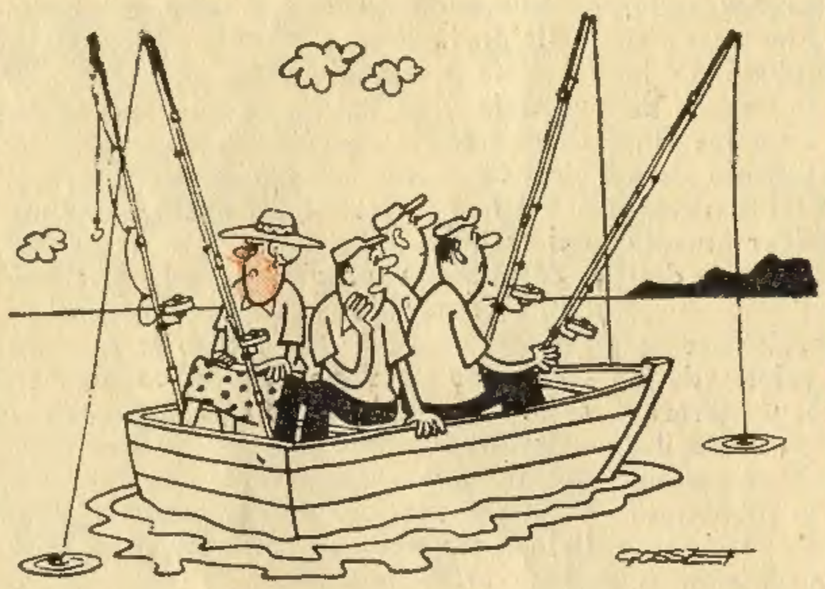
¿Recuerdan ustedes el llamado Abanico de la Fortuna? Ya no se ve por ahí. Recuerdo que cuando yo era niño se vendían al módico precio de veinticinco céntimos. El Abanico de la Fortuna tenía en una de sus caras la lista completa de las preguntas que se le podían hacer y en el reverso, dentro de unos circulitos, las respuestas. Entre éstas había alguna que, como las que da la margarita, eran escuetas y sencillas: "sí" o "no". E incluso el problemáticó y nebuloso "Quizá", que no compromete a nada. Otras respuestas eran, en cambio, más complicadas, más concretas. Y ahí estaba el verdadero fallo del horóscopo, como veremos más adelante.

Para consultar el Abanico de la Fortuna se debe escoger primero la pregunta. Luego, con los ojos cerrados y el dedito extendido, dar vueltas y vueltas a la cara donde están las respuestas hasta detenerse en una de ellas. Se lee y eso es lo que va a pasar.

Y ahí estaba lo malo —como decía un poquito más arriba— porque el abanico muchas veces no contestaba acorde con la pregunta hecha y esto creaba muchas dificultades, incluso espantosas tragedias. Cierto amigo mío se retiró para siempre a un páramo desierto por culpa del Abanico de la Fortuna. El desgraciado tuvo la debilidad de consultarlo con frecuencia, escogiendo la pregunta: "¿Con quién me casaré?" ¡Y el abanico respondió todas las veces, implacable: "Con un ingeniero de Obras Públicas"

TITIN

—Quisiéramos perder el hábito de fumar la pipa de la paz.



—Oye, Larry... Margaret quiere saber dónde está el tocador de señoras.

—¿Van ustedes juntos?

Si no existiese la publicidad

I

El cliente se acercaría a la barra de la cafetería y entablaría el siguiente diálogo con el camarero:

—Una copa de coñac, por favor.

—¿Le pongo de éste que lleva las letras rojas en la etiqueta o de aquel otro de la botella ovalada?

—La verdad es que no sé por cual decidirme.

—También tenemos aquel con el tapón rojo.

—No, ese del tapón rojo ya lo probé en cierta ocasión y no me gustó nada. Preferiría que me enseñase aquel que está al lado de esa botella alta.

—¿Se refiere usted a éste que tiene grabadas unas medallas?

—No es precisamente el que le digo, pero no se moleste.

—Si no le importa, puedo ponerle de éste que lleva la foto de un señor con bigote.

—¿Con mucho bigote o con poco bigote?

—Regular.

—Es que ya he probado el del señor con mucho bigote y el del señor con poco bigote.

—Este lo pide mucha gente.

—No lo dudo, pero puesto a elegir, preferiría aquel que lo que tiene es una señorita bastante guapa.

—Siento decirle que no es una señorita, sino un moro.

—Es que yo sin gafas no distingo esos detalles.

—De todas formas, el coñac del moro no es ninguna tontería.

—Lo he pensado mejor y va a ponerme de aquél de la etiqueta amarillo-verdosa.

—Ya veo que el señor entiende de coñacs.

—Y usted que lo diga.

II

El ama de casa entraría en la tienda de objetos de limpieza y hablaría con el vendedor:

—Quisiera un paquete de deter... deter...

—Detergente, querrá decir la señora.

—Eso. Es que se trata de una palabra tan extraña...

—En efecto. A mí me costó mucho aprenderla.

—Pues a mí no hay forma de que se me quede en la memoria. Como una no la oye casi nunca...

—¿De qué clase lo prefiere la señora?

—No lo sé, ignoraba que existiesen varias clases.

—Bueno, en realidad, yo las distingo por el envoltorio.

—Ese de las burbujitas no está nada mal.

—Sí, pero tenga en cuenta la señora que todos llevan burbujitas pintadas.

—En cambio, aquel otro que tiene dibujada una sábana en el envoltorio es la primera ver que lo veo.

—Pues yo no.

—Es que usted los está viendo a todos a diario.

—Lleva usted razón.

—En cambio, hay que reconocer que las señoras estamos pez en lo que se refiere a deter..., deter...

—Detergentes.

—Eso. ¡Caray, con la palabrita!

—Lo mismo digo.

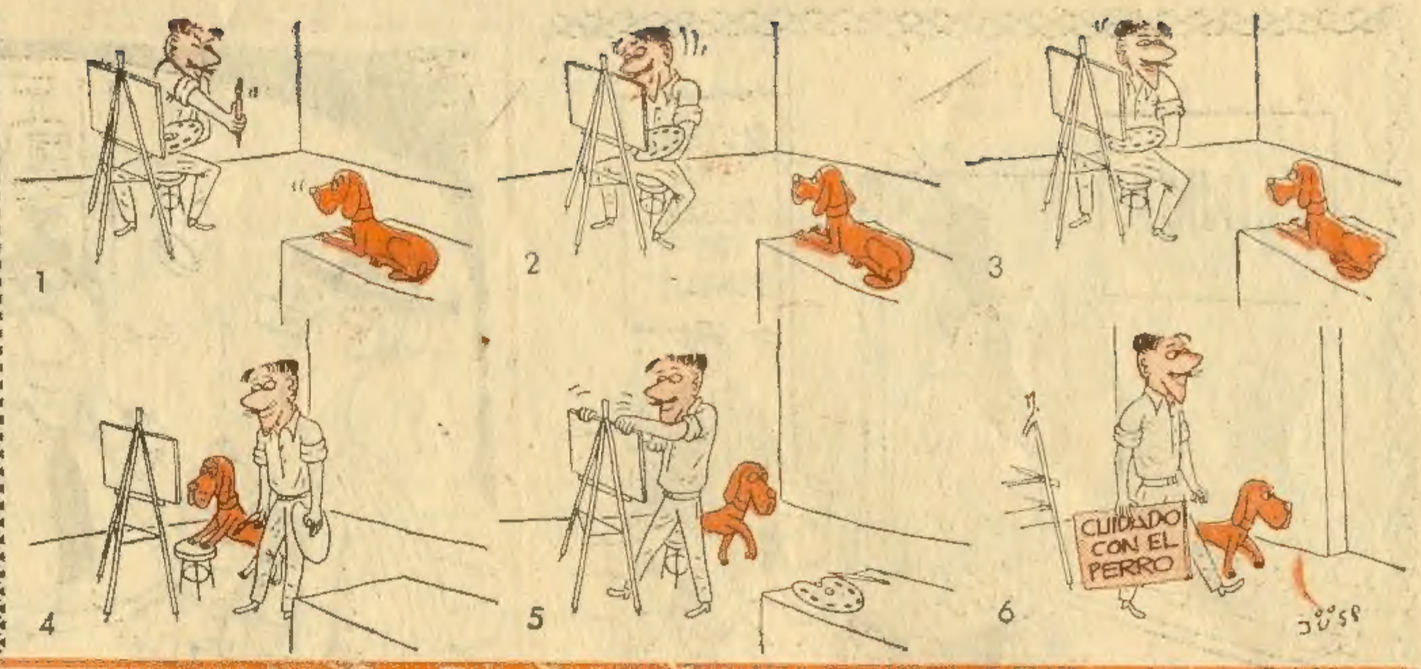
HILARIO

—Está bien, estuve enamorado de mi secretaria, pero esto fue antes de casarme contigo y antes de la guerra...

—Sería un número extraordinario si, además, pudiera tocar la armónica...

—¡Es igual que sea el jefe! ¡Cuando dijo: «No quiero oír un "no"», deberías haber dicho...

—...y ayer me enteré de que había muerto.



Mr. SIMPLETON

por JUSP

EL PERSEGUIDO

Lincoln B. Skinner sacó la cabeza desde el oscuro zaguán en el que se había agazapado tres horas antes. La calle estaba desierta, sombría. A lo lejos, el crepúsculo se teñía de tonos amarillentos, cremosos, anaranjados, con reverberos de refresco de piña, de manzana asada, de perritos calientes con mostaza.

Lincoln B. Skinner se s i n t i ó solo y desgraciado. ¡Porque él era muy desgraciado! Había perdido su empleo en una fábrica de m a h o n e s a comprimida un día en que, en lugar de darle a una palanca (única ocupación de Lincoln B. Skinner en la fábrica), se había equivocado y le había dado a otra palanca que estaba al lado de la anterior. ¡Y la mahonesa comprimida que aquel día funesto había fabricado la casa elaboradora h a b í a s a l i d o de color azul...! Lincoln B. Skinner había sido despedido sin contemplaciones y la partida de mahonesa vendida como crema para el calzado.

Sin q u e r e r, los ojos de Lincoln B. Skinner se dirigieron a los zapatos de los pocos transeúntes que cruzaban en aquel momento la calle, tratando de adivinar cuál de ellos había lustrado sus mocasines con aquella mahonesa frustrada que, por un solo día, había cambiado de oficio. ¡Y dos lágrimas salieron de sus ojos y resbalando por sus mejillas fueron a caer sobre su camisa, que un tiempo fue impoluta y ahora tenía los tonos de la mahonesa comprimida, antes y después de darle a la palanca fatal...!

Lincoln B. Skinner comprendió que, no sólo era desgraciado, sino quizá el más desgraciado de los hombres. ¡Y lo que más le afligía, lo que le llenaba de estupor era que, aparte de llamarse Lincoln B. Skinner, que ya es como para subirse por las paredes, no sabía a ciencia cierta qué quería significar aquella «B» mayúscula seguida del puntito después de su nombre de pila!

Volvió a asomarse. Recortándose sobre el crepúsculo, los rascacielos de la ciudad se erguían blancuzcos y agoreros como fantasmas y detrás de ellos iba elevándose el humo de las fábricas entre las cuales estaría la de mahonesa comprimida.

¡Cómo lamentaba ahora Lincoln B. Skinner la equivocación de las palancas! Porque aquello había sido el punto de partida de todos sus sinsabores, incluso del peor que puede pasarle a un joven de veintidós años: no ir afeitado por la calle.

—¿Y si me decidiera a salir? —pensó Lincoln.

¿Por qué no iba a poder salir, si allí no le conocía nadie? Porque, total, el despido de la fábrica...

Dio tres pasos por la calle, decidido. Comenzaban a encenderse las luces de algunos comercios. A lo lejos brillaban las de un cine de barrio que seguramente estaría proyectando aquella película tan original en la que los jinetes al mando del Capitán Jones esperan a los indios en un desfiladero y les dan para el pelo. O quizá aquella otra en la que los hombres del aguerrido Capitán Jones esperan a los japoneses en un desfiladero y les dan lo suyo. O acaso se tratase de otra muy bonita en la que los chicos del Capitán Jones aguardan a los ejércitos de Gengis Khan en un desfiladero y los ponen a caldo. O, puestos a suponer, a lo mejor proyectaban una película estupenda en la que los muchachos del Capitán Jones intervenían en la Guerra de Secesión y esperaban a las fuerzas del Sur en un desfiladero y les daban para ir pasando...

¡Si después de lo ocurrido con la mahonesa comprimida alguien le hubiera querido dar un empleo...! Pero, no; todas las puertas se le habían cerrado, todas, todas, ¡todas!

Sumergido en el fondo de sus pensamientos, lo mismo que el Capitán Jones y sus chicos se sumergían en otra de hombres ranas, en la que al final esperaban al enemigo en un desfiladero y le atizaban de lo lindo, Lincoln B. Skinner no se dio cuenta de que avanzaba por una de las grandes avenidas de la ciudad. Se quedó de pronto de una pieza, porque...

¡Todos los que pasaban le miraban con insistencia!

Dio un paso atrás, h o r r o r i z a d o. ¿Irían a seguirle de nuevo? ¿Le perseguirían otra vez por las calles como cuando se tuvo que refugiar en el portal?

Subió a un autobús en marcha. ¡Un grito de protesta salió de casi todos los viajeros! Lincoln B. Skinner b a j ó los ojos al suelo. Y, con los ojos, bajó él. ¡Y todos los transeúntes continuaban mirándole con ferocidad!

—¿Se me verá algo? —pensó con una horrible mueca de desesperación...

Buscó de nuevo las sombras de un callejón hediondo.

—No puede ser. Estoy en un país civilizado y el hecho de que me hayan despedido de una fábrica no quiere decir que la humanidad entera lo sepa, salvo que la mahonesa la lleve encima del traje.

Y miró su terno de franela gris que había comprado en unos almacenes en los que entrabas, te ponías lo que encontrabas a mano y al salir, pagabas en caja. No, no; estaba algo arrugado y deteriorado, pero no era mucho peor que muchos que se veían por la calle.

Oyó unos pasos apresurados en la calleja y, sin poderse contener más, huyó despavorido, lejos, lejos...

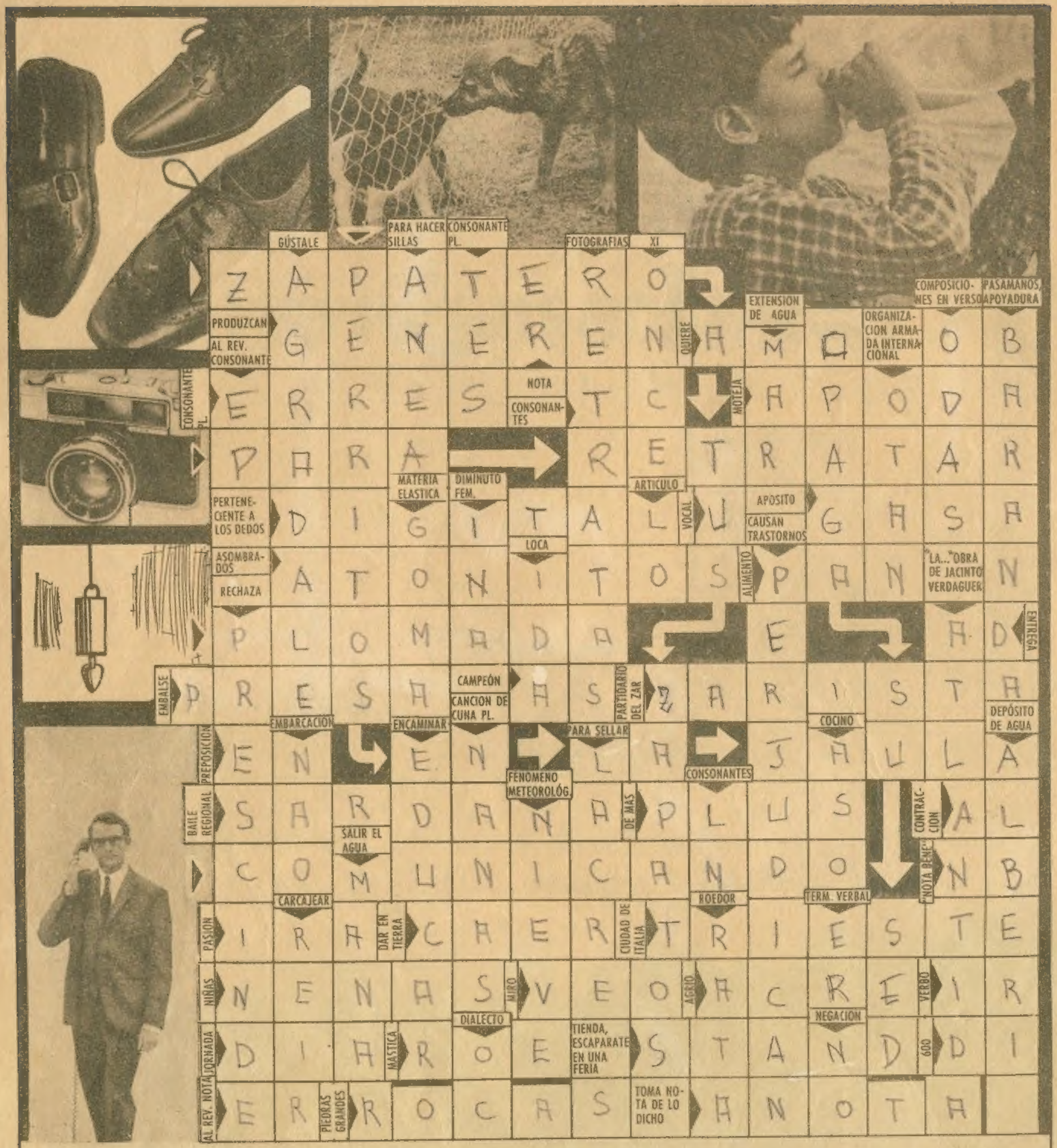
—¡Vienen por mí! ¡Vienen por mí! —se repetía con escalofríos por toda la espalda y sitios adyacentes.

Quería huir, perderse por el campo, pero, ¡qué lejos estaba el campo en aquellas ciudades! Y a veces, lo que parecía campo, era un barrio residencial, lleno de casitas con una valla de madera pintada de blanco y azul.

—¿Por qué me perseguirán de esa manera, Dios mío? —se preguntó llorando al llegar al campo, y apoyó la frente en un abeto que resultó ser un tranviario de uniforme que estaba hablando de sus cosas con una chica de la vecindad.

Y de repente su escaso cerebro se aclaró. De repente vio claro. Supo por qué le perseguían, por qué le miraban, por qué todo lo que le estaba pasando. ¡Lincoln B. Skinner era negro!

JORGE LLOPIS



SIN PALABRAS

—¡Papá!

DDTGRAMA (55)

por J. BAY

Modo de resolverlo

Las flechitas señalan el lugar donde empieza la palabra, que puede continuar vertical u horizontalmente, si así lo indica otra flechita sin definición. Las definiciones no se limitan, únicamente a referencias formales, sino que también admiten interpretaciones ingeniosas. Las fotos, sirven de definición, pudiendo significar el nombre del fotografiado o lugar que represente, así como su profesión o cualquier circunstancia que vaya unida a él. Las líneas de trazo grueso y las definiciones indican el final de una palabra.

La solución se publicará en el número siguiente.

SOLUCION AL N.º ANTERIOR

—¿Estás seguro de no tener un brazo más largo que otro?

—Su trabajo empezará a las doce todas las noches. A esta hora, deberá asustar al señor conde y a sus invitados. Los jueves los tendrá libres y podrá dedicarlos a asustar a la servidumbre.

—No es que te lo reproche, pero esta mañana no me has dado el besito de cada día...

¡Son los mejores!

porque **Cola-Cao** *les dió*

¡SALUD! ¡FUERZA! ¡VIGOR!

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA